

camino, que bajar al centro de la tierra, donde la distancia está impedida con cuerpos tan gruesos como peñas y metales, y el elemento mismo de la tierra. Maravillámonos de oír que los zahories ven lo que está debajo de la tierra; maravillémonos de lo que es cierto que, no solo ver, pero entrar, podrán en lo profundo de la tierra los Santos, y averiguar cuántos minerales hubiere en sus entrañas. Escribe Metafraste que á una doncella natural de Edesa se la aficionó un soldado de los godos que estaba en aquel presidio; y no hallando camino para gozarla, pidió se la diesen en casamiento. La madre y deudos no daban lugar á esta plática, fiando poco de un bárbaro y extranjero que, llevándola á tierras tan distantes como eran las suyas, podría hacerla mal trato sin tener quien se lo mandase; mas él perseveró en su demanda, haciendo mil promesas, hasta rendirles. La madre, que aun no se aseguraba como los deudos, no quiso entregarle la hija, hasta que entrando juntos en el templo de los santos mártires Samona, Curia y Abiba, el soldado, haciendo juramento solemne de que la haria buen tratamiento, dió á los tres Santos por fiadores. Hecha la entrega de la doncella, no mucho despues el soldado la llevó á su tierra, donde era casado, y tenia la primera mujer, y para disimular su maldad dió en otra mayor, y como fiera sin piedad encerró viva á la segunda en una sepultura. Allí la pobre mujer, deshecha en llanto, protestaba á los Santos sus fiadores el enorme agravio que recibia: pediales que le hiciesen buena la palabra del soldado. Al punto se le aparecieron ellos en traje glorioso, y dándole un sueño suave, en breve tiempo la pusieron sin lesion alguna en su patria, sin abrir el sepulcro. Ignorante el bárbaro de este suceso, y persuadido que la dejaba ya muerta, volvió segunda vez á Edesa, donde convencido de su delito lo pagó con la vida. Pues si los Santos tienen poder para hacer pasar por otros cuerpos á los de otras personas, ¿cuánto mejor podrán hacer que los suyos penetren por otros cuerpos, y no haya para ellos impedimento alguno?

Finalmente, allí estarán tan llenos de bienes los siervos de Cristo, así en cuerpo como en alma, que no tendrán mas que desear, y podrá cada uno, esperando aquellos bienes eternos, decirse lo que dijo san Agustín: *¿Qué quieres, cuerpo mio? ¿Qué deseas, ánima mia? Allí hallaréis cuanto quereis, allí cuanto deseais. Si os da gusto la hermosura, los justos tendrán la de un sol; si cualquier limpio deleite, allí no uno, sino un mar de los deleites que tiene Dios hartará vuestra sed.* Levántense los deseos humanos á donde solo pueden cumplirse: no deseen cosas de la tierra, que no les pueden llenar, y deseen solo las del cielo, pues son solo grandes, solo eternas, solo las que satisfacen la capacidad del corazon humano.

CAPÍTULO VII.

Como se ha de buscar el cielo, y anteponerse á todos los bienes de la tierra.

Compare ahora el cristiano las miserias de esta vida con las felicidades de la otra, las flaquezas de nuestra naturaleza en este estado mortal con las fuerzas y privilegios de la misma naturaleza en el estado inmortal que nos aguarda, y anímese á conseguir el gozo de la gloria por una eternidad, con solo un corto trabajo de tiempo muy breve. El rey Ciro, cuando quiso ganar el reino de los medos (1), llamó á los persas, mandándoles que viniesen todos con hachas afiladas, y, habiéndole obedecido, los ocupó todo un dia en cortar un gran bosque: despues que lo hubieron hecho con gran diligencia, les convidó el dia siguiente para un grande convite de muchos regalos y fiestas; luego les encargó que cotejasen un dia con otro, y que escogiesen cuál querian mas, el dia del trabajo primero, ó el dia segundo del regalo y regocijo que se siguió despues. Todos respondieron á voces que el dia del descanso y convite. Con esto les alentó para hacer guerra á los medos, prometiéndoles que despues del trabajo que habian de pasar en su conquista habia de suceder gran felicidad y pujanza. Bastó solo esto para que todos los persas le siguiesen, y fuesen con gran riesgo de su vida á señorearse del reino de los medos. Pues si cotejando un trabajo cási igual con el premio fue bastante razon en unos bárbaros para preferir el premio dudoso á un trabajo cierto, ¿por qué no bastará á los cristianos un premio cierto que es inmensamente mayor que el trabajo? Cotejemos el convite y cena de la otra vida con los trabajos de esta: cotejemos la grandeza del reino de Dios con la pequeñez de nuestros servicios: cotejemos los bienes del cielo con los de la tierra; y nos parecerá todo trabajo regalo, y todo servicio descanso, y toda felicidad de la tierra miseria y una grande vileza. ¿Qué tiene que ver la honra de esta vida, que es falsa, es dada de hombres mentirosos, es corta y limitada, y de poco tiempo, con la honra que se hace en el cielo al justo, que es verdadera, es dada por Dios, es tan extendida cuanto lo es el cielo, y cuanto en él hay de hombres y Ángeles, es eterna y sin fin? ¿Qué tienen que ver las riquezas, que pueden faltar, que llenan de peligros y cuidados, y que no pueden quitar á sus poseedores toda necesidad, con las que no han de tener fin, y dan toda seguridad y abundancia? ¿Qué tienen que ver los deleites limitados, que dañan la salud, disminuyen la hacienda, é infaman al que los busca, con aquellos inmensos gozos de la gloria, que juntan con el deleite honra y provecho? ¿Qué tiene que ver esta vida llena de miserias con aquella llena de dichas y bienaventuranzas? ¿Y qué tienen que ver las malas calidades de nuestros

(1) Instit. lib. 1.

cuerpos mortales con los dotes preciosísimos de gloria que despues de resucitados tendrán? Ahora todos somós podredumbre, gravedad, corrupcion, inmundicia, enfermedades, asco y gusanos; entonces todo será luz, incorrupcion, resplandores, pureza, hermosura, inmortalidad. Cótéjese de espacio qué diferencia va de un cuerpo enfermo, debilitado, asqueroso y pálido, ó despues de ocho dias muerto, lleno de gusanos, podredumbre y hedor abominable, con el mismo en la gloria, resplandeciente mas que el sol, hermoso mas que los cielos, y oloroso mas que las azucenas.

Ni los males ni los bienes temporales tienen comparacion con los eternos, sino que, como dice el Apóstol, lo que es momentáneo y leve obra un eterno peso de gloria. En el principio de la guerra civil (1) que hizo el Senado romano contra Cayo y Fulvio Graccos echó el cónsul Opimio bando, que quien le trajese la cabeza de Cayo Gracco se la pagaria á peso de oro. Tuvieron todos por gran recompensa esta, que se diese otro tanto del metal precioso quanto pesase la carne muerta. Pero Dios no promete su gloria á peso, sino que da por el trabajo tan ligero como una pluma eterno peso de gloria. No dice el Apóstol que solo ha de dar Dios peso por lo ligero, sino que tambien ha de ser eterno. Fuera gran dicha si quanto montan nuestras penitencias y trabajos nos hubiesen de dar solamente otro tanto de gozo, como ese fuese eterno; porque por pequeño que fuese se compraba bien barato, aunque fuese en la sustancia tanto por tanto é igual en todo, como en la duracion fuese tan diferente que por el trabajo de un dia se diese descanso de un año; pero dando Dios por lo poco mucho, por lo leve lo macizo, por lo momentáneo lo eterno, ¿qué granjería nos puede venir mayor? Confusion nos ha de causar Septimuleyo, que oyendo aquel pregon del Cónsul romano no reparó en trabajo ni en peligro, hasta que, codicioso de que le diesen premio de igual peso, cortó la cabeza á Gracco, y pidió su peso de oro. El ánimo que tuvo este soldado para quitar la vida temporal á un hombre tengámoslo nosotros para no quitarnos á nosotros mismos la vida eterna. Pues nos sale tan barato el cielo, compremos mucho cielo, y no tengamos menos deseos de los bienes eternos que Septimuleyo tuvo codicia de los temporales, el cual deseoso de mayor ganancia llenó de plomo derretido las partes huecas de la cabeza que cortó, para que fuese mas pesada. Llenemos nuestras obras momentáneas y leves con gran afecto y caridad: llenemos los deseos, y en cualquier obra pequeña añadamos gran voluntad, con grandes ansias de atesorar por lo temporal lo eterno. ¡Qué trueco tan interesado para nosotros, por un jarro de agua comprar el cielo, por lo vil lo inestimable, por lo que dura un instante lo que ha de durar una eternidad! ¡Qué barato fuera si por una paja se pudiera comprar un reino! Pues por lo que no monta mas que una paja podemos

(1) Valer. lib. 9, cap. 4.

comprar el reino de los cielos: por cierto toda cuanta felicidad, riquezas y gustos que hay en la tierra no son mas que una paja respecto de la gloria del cielo. ¡Qué loco y desatinado fuera quien teniendo solo una espuerta de granzones no quisiese dar alguno por una arroba de oro! Esta es la locura de los hombres, que por los bienes de la tierra no quieren tomar los del cielo. ¡Quién hay que ofreciéndole una preciosa margarita por un grano de arena no tuviese ánimo para dar cosa tan vil por lo que es tan precioso? ¿Quién ofreciéndole un rico tesoro por un carbon no admitiera tan ganancioso trueco? ¿Qué hambriento, convidado á una espléndida cena, porque no comiese una cáscara de nuez no aceptara el convite? El cielo nos ofrecen por cosas muy pequeñas; ¿por qué no le aceptamos? Margarita preciosa y tesoro escondido llamó Cristo al reino de los cielos, por el cual debíamos dejar todos los bienes de la tierra, porque todos ellos no son mas que polvo, carbon, vileza y miseria respecto de un gran tesoro de diamantes y perlas. Mucho hizo san Josafat rey en dejar un reino de la tierra por asegurar el del cielo: mucho hizo respecto de nuestro engaño y falsa estimacion de las cosas; pero bien considerado muy poco hizo, y no fue mas que dar una espuerta de tierra por otra de oro, un saco de carbon por un gran tesoro, y una cáscara de nuez por una regalada cena. Todo lo de la tierra se debe dar por una migaja de cielo, porque todas las grandezas de este mundo migajas son, y cáscaras y suciedad, respecto del menor bien del cielo. Toda la felicidad de la tierra no tiene sustancia ni peso comparada con el peso eterno de gloria que nos aguarda. Esto cotejaba David entre sí, y convencido de la grandeza de la gloria dijo al Señor: Incliné mi corazon para hacer tus justificaciones. El corazon humano es como un peso fiel de dos balanzas, que allí se inclina donde hay mayor carga, y como en el corazon de David lo temporal pesaba poco y lo eterno mucho, inclinado del eterno peso de gloria que nos aguarda, y movido de la esperanza de tan grande premio, le llevaba mas el cumplimiento de la ley de Dios que el de su inclinacion y apetito.

§ II.

¿Pues qué si consideramos el trabajo por el cual nos prometen la gloria como paga y premio? Dijo con mucha razon el Apóstol que no era equivalente lo que en el tiempo de la vida se podia padecer, respecto de la gloria por venir que se ha de manifestar en nosotros. Por cierto no son muchos los trabajos de esta vida respecto de tan grande premio. Pues á san Agustin no le parecieron mucho todos los tormentos del infierno por gozar, aun por breve tiempo, de la gloria; y si se considera la grandeza de aquel gozo, no serán mas las penitencias de san Simeon Estilita, los ayunos de san Romualdo, la pobreza y desnudez de san Francisco, los menoscambios que padeció san Ignacio, que el levantar una paja del sue-

lo por hacerle á uno emperador de la tierra. ¿Por cuán menguados premios de este mundo se han expuesto muchos á grandes trabajos y peligros? Porque echó un bando David de hacer capitán general al primero que acometiese á los jebuseos, que eran los mas esforzados de sus enemigos, no dudó Joab de poner la vida á tan manifesto peligro, y entrándose por picas y lanzas á costa de su sangre, alcanzar aquella honra. Porque el rey Saul propuso de dar á su hija por mujer al que combatiese con el gigante Goliat, no habiendo ninguno que se atreviese á ello, no le pareció á David mucho ponerse á cualquier riesgo por la esperanza del premio.

¿Qué no han hecho los hombres por un premio de la tierra? Nada les ha parecido mucho, y al cristiano debe parecer poco todo por el reino del cielo. Maravillase Séneca de lo que hacen los soldados por un reino corto y caduco de la tierra, y mas siendo el reino para otro. Padecer tanto por reino, y por reino ajeno, le pareció mucho á este filósofo; y tuvo mucha razon en extrañarse que por bienes tan cortos se llevasen tantos trabajos y peligros. Mas nos podemos maravillar nosotros, que por el reino de los cielos, y este no ajeno, sino para nosotros mismos, nos parezca el trabajo de este mundo mucho, y nos animemos tan poco. ¿Qué no hizo Jesbaan por el reino de David (1), con ser un hombre despreciado y tenido por de poco valor? Viendo que iba en ello el reino de David, se esforzó y animó tanto, que acometiendo á ochocientos hombres los mató de un ímpetu, y otra vez á trescientos. Por el mismo reino de David peleó tan constante y varonilmente Eleazar, hijo de Ahoites, que mató innumerables filisteos, y peleó hasta que de puro cansado no pudo menear el brazo, y se le quedó tan inmóvil del cansancio como si fuera de mármol. Si por el reino de la tierra ajeno se animaron tanto estos hombres, ¿por qué no nos alentamos á conquistar el reino de los cielos, por el cual poco es trabajar hasta que nos falten las fuerzas, y morir en la demanda? ¿Qué digo por el reino de David? Pues solo por un gusto, por ventura impertinente, del mismo David, cuando deseó beber del agua de la cisterna de Belen, que estaba de esa otra parte del ejército enemigo, se arriesgaron tres soldados solos á abrir camino con su espada, y atravesando por medio de los escuadrones contrarios le trajeron el agua deseada. Si por un gusto ajeno y de un momento hicieron tanto estos mancebos, nosotros por los gustos propios de aquellos gozos eternos que perpétuamente y sin fin hemos de gozar ¿por qué no nos animamos todos? Reino es del cielo lo que esperamos: gozos, riquezas y honras eternas son las que nos han prometido: poco es todo lo que en tiempo se puede padecer por alcanzarlo. Semma (2) por defender una tierra sembrada de lentejas se atrevió él solo á pelear con un ejército de filisteos:

(1) I Reg. xxiii, et Paralip. xi; v. Sanctium, et Tirinum, II Reg. xxiii.

(2) II Reg. xxiii.

por defender la gracia, que es semilla de Dios, por asegurar la gloria, que es fruto de la pasión de Cristo, no es mucho que sin derramar sangre nosotros peleemos contra un apetito, y venzamos á nuestra naturaleza corrompida en esta vida por perfeccionarla en la otra. Para esto es muy poderosa la consideración de la gloria, teniendo siempre delante de los ojos el cielo que nos han prometido; porque no ha de ser de menos eficacia el premio eterno que promete Cristo que el temporal de los hombres. Esto significó Nuestro Señor (1) mostrando al profeta Ezequiel cuatro animales muy diversos en naturaleza, pero muy unos en ocupación y puesto. Vió en medio de esos aires á cuatro animales que tenían forma de águila, de buey, de león y de hombre, los cuales todos volaban con cuatro alas tan ligeros como un relámpago. ¿Qué cosa pudo violentar tanto la naturaleza pesada de un buey que igualase en el vuelo de la águila? ¿Y quién dominó tanto la fiereza del león que la hermanase con la humanidad del hombre? El mismo Profeta lo declara diciendo que llevaban al cielo en la cabeza, teniendo sobre ella el firmamento; porque si en nuestro pensamiento estuviere el cielo, á todo nos animaríamos, y el hombre material se podrá igualar con un Ángel, y el que es bruto en sus costumbres como las fieras las pondrá en razón como es debido al hombre, y el que era pesado y tardo como un buey volará á cuatro alas, venciendo su naturaleza con doblada ligereza que las aves, y dejará la tierra el que pacía en ella, dejando sus gustos breves y caducos por la esperanza de los eternos.

§ III.

No es mucho esto; porque es tan grande el bien que esperamos, que el privarnos por él de todo otro bien lo habíamos de tener por dicha, y el padecer todo mal y tormento por gusto grande. Oigamos lo que dice san Juan Crisóstomo (2): *Tantos cuantos trabajos pasares, tantos cuantos tormentos padecieres, todas estas cosas son nada respecto de los bienes venideros.* Oigamos también á san Vicente mártir lo que decía al presidente Daciano; y con efecto confirmaba las palabras con su paciencia y alegría en los tormentos, en los cuales se estaba riendo, mirando al cielo, donde caminaba: como le levantase muy alto en el ecúleo, y por burla le preguntase el tirano dónde estaba, respondió: *En alto, donde te desprecio á tí, aunque eres tan altivo y soberbio con el poder que tienes en la tierra.* Amenazado después con tormentos mas crueles, decía: *No me parece que me amenazas en esto, sino que me ofreces lo que deseo con todas las ansias de mi corazón.* Y cuando le despedazaban con garfios y uñas de hierro las carnes, y con hachones encendidos se las abrasaban, decía muy con-

(1) Ezech. i. — (2) Chrys. tom. 3, hom. 49. Quotquot labores duxeris, et quotquot supplicia pertuleris; hæc omnia nihil erunt ad futura bona.

tento: *En vano te fatigas, Daciano: no puedes imaginar tormentos tan horrendos que no los quiera yo padecer. La cárcel, las uñas, las láminas encendidas, la misma muerte es para los cristianos entretenimiento y juego, no tormento.* Tan grandes tormentos en la tierra tuvo por risa quien consideraba los gozos del cielo. Considerémoslos nosotros también, y no haya cosa que dejemos de padecer por asegurarle y poseerle. Lástima es que por no privarse de un gusto vil pierda el cristiano tantos gozos, y esos eternos; que por no sufrir una ligera injuria pierda las honras celestiales; por no dar lo que se debe y restituir lo que se tomó deje de recibir y tomar posesion del reino de los cielos, y por un bocado amargo que le ofrece el demonio se prive de la gran cena á que le convida Dios. ¿Quién escogiera antes comer de los huesos que se caen de un banquete regalado que sentarse á la mesa á comer los manjares mas suaves y platos sazonados? Lo que te ofrece el mundo en todos sus bienes no es mas que un plato de huesos sin sustancia, y cáscaras vanas y amarguissimas; pero á lo que te convida Dios es una mesa llena de regalos y dulzura en que se satisface toda la hambre canina del apetito humano. Con razon se llama en la sagrada Escritura cena grande (1), y en otra parte cena de bodas por la hartura que causa, la cual no puede causar ningun bien de la tierra. Llámase cena y no comida, porque despues de la comida suelen levantarse los hombres para las otras ocupaciones y trabajo; mas despues de la cena no hay mas ocupacion ni trabajo, sino solo la quietud y descanso. En esta gran cena se sirve por principal plato la vista clara de Dios con todas las perfecciones divinas, luego mil gozos del alma en todas sus potencias, luego mil gustos de los sentidos con todas las perfecciones del cuerpo glorificado. Estas son como los postres de este divino convite; y si los postres son tales, ¿cuál será la sustancia de él? ¿Qué comparacion pueden tener con gozos tan suaves y bienes tan grandes los que en el mundo hay? Por cierto que ni son dignos de llamarse cortezas de bienes.

Es mucho para reparar como todos los que nos propone Cristo que no gozaron de aquella cena grande, en que se figuraba la gloria, no fue por cosas que fuesen pecado de suyo. Uno se excusó porque compró un lugar ó granja; otro porque habia de probar unos bueyes; otro porque se habia casado. Todas estas cosas no son pecado; pero anteponerlas al reino de los cielos es una increíble locura y ceguedad lastimosa: y todos los que en cosas de la tierra se ocupan con ansias demasadas, y emplean en solo ellas la vida, no hacen menos que anteponer las cortezas, huesos y cáscaras de lo que podia sobrar á una corta comida de un rústico á los platos regalados de la mesa de un poderoso rey. Por cierto que aunque no nos hubiera convidado Dios á nosotros, miserables y viles gusanillos, para una cena de infinita suavidad en el cielo, sino que solo

(1) Luc. XIV; Apoc. XXI.

nos prometiera las migajas de ella, las habiamos de preferir á todos los gustos y comodidades de este mundo; y temamos que aun en el tomar gustos licitos puede haber peligro de nuestra condenacion. Los males del pecado son causa de condenarse los hombres, y los bienes del mundo son ocasion: suspiremos solo por el cielo. Abramos los ojos, porque los que fueron con alguna especial vocacion llamados de Dios, aun sin pecado, los introduce la sagrada Escritura condenados, como lo hemos visto en estos tres convidados; y mas temerosamente se verá en aquel mancebo que, habiendo preguntado á Cristo nuestro Redentor qué haria para conseguir la vida eterna (1), y oido del Señor que guardase los mandamientos de la ley, dijo que así lo habia hecho toda su vida. Pero porque el Señor le llamó con especial vocacion para que fuese perfecto, y que para eso dejase todas las cosas, él se fué triste, porque era muy rico; luego Jesucristo, dando á entender que estaba excluido del reino de los cielos, dijo aquella memorable y temerosa sentencia (2): *De verdad os digo, que un rico entrará muy dificultosamente en el reino de los cielos. Y otra vez digo, que es cosa mas fácil entrar un camello por el agujero de una aguja que un rico en el reino de los cielos;* significando juntamente que habia sido excluido de la gloria aquel mancebo, aunque de él se dice que cumplió antes los mandamientos; porque los que Nuestro Señor favorece con particulares inspiraciones y vocacion no aseguran la salvacion con solo no querer quebrantar los Mandamientos, sin animarse á guardar algunos consejos, quitando no solo los pecados y ocasiones de pecar, sino los impedimentos de la virtud y perfeccion, con lo cual no solo aseguran mas el cielo, sino que alcanzarán mas cielo; y si no lo hacen pueden temer no desobliguen á Dios para que no les conceda los auxilios eficaces para guardar los Mandamientos, despues que tuvieron la vocacion divina y la menospreciaron, y con ella la salvacion eterna y la misma gloria. Poco es cuanto se hace por el cielo, poco cuanto se padece, poco cuanto se deja, poco cuanto cuidado se pone para alcanzarlo, poco cuanto recato se guarda, poco cuantos impedimentos se quitan, y poco cuanta estrechura se abraza por asegurarle; y si no lo juzgamos así en este valle de lágrimas, júzganlo los Santos del cielo, que tienen diverso parecer que los habitadores de la tierra. Una vez que apareció santa Teresa de Jesús á la bendita Isabel de santo Domingo (3) pidió esta observante religiosa perdon á santa Teresa de un disgusto que le pareció la habia dado, y fue que, siendo priora de Pastrana, puso una reja muy estrecha por donde oian misa las monjas: á algunas les parecia muy apretada, y á santa Teresa también, y quisíerla quitar, pero dejólo de hacer porque la replicó la priora sor Isabel diciendo que habia inconveniente en que estando cerca la pudiesen ver los seglares; pero como despues de muerta,

(1) Luc. XIX. — (2) Matth. XIX. — (3) D. Miguel Bautista de Lanuza, l. 3 de la vida de la bendita Isabel, cap. 6.

y ya gloriosa santa Teresa, tuviese pena la bendita Isabel de santo Domingo de haber con su contradiccion disgustado á su santa Madre, la respondió la Santa diciendo: *Diferentemente me parecen acá algunas cosas.* Y sin duda parecerán muy de diversa manera las cosas en el cielo, donde todo recato y cuidado por no ofender á Dios parecerá muy poco, y cualquier descuido ó impedimento de servirle se tendrá por mucho.

CAPÍTULO VIII.

De los males eternos, y especialmente de la suma pobreza, deshonor é ignominia de los condenados.

No solo hay que despreciar en el mundo sus bienes con la consideracion del cielo, sino tambien sus males con la memoria del infierno, en cuya comparacion todo mal temporal se puede tener por bien, comodidad y regalo; y todo regalo debe ser aborrecido como tormento y pena, si dispone para aquellos tormentos eternos, y priva de los gozos perpétuos que no han de tener fin. Pero son tales estos dos extremos que nos aguardan, que cualquiera de ellos basta para que despreciemos todo bien y mal temporal, y juntándose la privacion de los bienes del cielo con la consideracion de los tormentos del infierno, no sé cómo hay quien guste de cosa de esta vida, y no tiemble de lo que le puede suceder. Por este riesgo solamente á todo bien temporal habíamos de aborrecer y escupir, y á todo mal de esta vida admitir y abrazar, y á males y á bienes despreciar, ni amando los bienes ni temiendo los males, no haciendo caso de nada; pero los bienes mundanos tienen esto para ser despreciados mas que los males, que suelen ser ocasion de pecados y de caer en la condenacion eterna. La sagrada Escritura y los Santos están llenos de amenazas contra los ricos, los poderosos, los amadores del mundo, que son los que pueblan el infierno. El profeta Baruc dice (1): *¿Dónde están los príncipes de las gentes que dominan aun sobre las bestias de la tierra, que se entretienen con las aves del cielo, que atesoran plata y oro, en que confían los hombres? ¿no hay fin de adquirirlo? ¿los que acuñan y labran plata, y andan solícitos, y no se hallan sus obras? Destruídos están, bajaron á los infiernos, y otros se levantaron en su lugar.* Santiago dice (2): *Llorad, ricos, lamentándoos de vuestras miserias, que han de venir sobre vosotros.* San Pablo (3) no solo á los ricos, sino á los que desean serlo, amenaza diciendo: *Los que quieren hacerse ricos caen en lazo y en tentaciones del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos que anegan al hombre en muerte y perdicion.* Con este contrapeso y riesgo ¿quién hay que desee bien de esta vida, pues solo sus deseos son tan ponzoñosos? Oigan á san Bernardo (4) todos los que sienten en su corazón afición de la tierra, el cual

(1) Baruch, III, 16. — (2) Jacob. v. — (3) I Tim. VI. — (4) Bernard. in Med.

dice: *Dime, ¿en dónde están los amadores del mundo que pocos años há estuvieron con nosotros? No ha quedado de ellos sino las cenizas y hediondos gusanos. Advierte con diligencia qué son ahora y qué fueron: hombres fueron como tú; comieron, bebieron, rieron y pasaron en deleite sus días, y en un punto bajaron al infierno. Aquí están sus cuerpos comiéndose de gusanos, y en el infierno están sus almas condenadas á los fuegos eternos, hasta que tornándose á unir se hundan en los incendios sempiternos, para que los que fueron compañeros en las culpas lo sean en las penas, y una misma pena comprenderá á los que un mismo amor los juntó en el delito. ¿Qué les aprovechó la gloria vana, la breve alegría, la potencia del mundo, el deleite de la carne, la familia grande? ¿En dónde están sus risas y sus gracias? ¿En dónde su jactancia y arrogancia? ¡Cuán grande tristeza será despues de tantos deleites tan grave miseria! Del triunfar del mundo cayeron en grande ruina y grandísimos tormentos. Y conforme al Sábio: Los poderosos serán poderosamente atormentados.*

Pues si los que gozan mas del mundo corren mayor peligro de caer en el infierno, ¿qué cosa podrá ayudar mas para despreciar al mundo que la consideracion de fin tan lamentable? Porque ¿qué cosa puede declarar mejor cuán despreciables sean sus bienes temporales, pues suelen ocasionar males eternos? Por un vicio que haga una casa hermosamente labrada no se habitará; por un siniestro que tenga un brioso caballo no se comprará; por una hendedura que tenga una taza de cristal no se pondrá en el aparador de un rey; y teniendo este vicio y siniestro y ponzoña los bienes del mundo, ¿cómo se codician, se aman, se buscan, buscando nuestra perdicion? No hay duda sino que si se consideraran los males sempiternos que corresponden á los brevísimos gustos de esta vida, que pisáramos con los piés y escupiéramos á toda felicidad, y temblando uno de verse en alta fortuna huiera del mundo como de la muerte. Estando persuadiendo el celoso Fr. Jordan á un caballero que se convirtiera á Dios y despreciara toda su grandeza, acudió por último remedio á la consideracion de esta postrimeria; y viendo que era un manco muy gallardo, hermoso y bien dispuesto, le dijo: Señor, esto por lo menos os pido, que pues Dios os hizo de tan hermoso rostro y talle, que considereis en vuestro corazón cuán grande mal seria si tan hermoso cuerpo y dispuestos miembros viniesen á ser pasto del fuego eterno, y hubiesen de ser abrasados sin fin. Hizolo así el caballero; y pudo con él tanto esta consideracion, que aborreciendo al mundo dejó todas sus posesiones y esperanzas, y se hizo pobre de Cristo, entrándose religioso.

§ II.

Vengamos, pues, á considerar lo que son los males eternos, para que despreciemos todos los males temporales, y tambien todos los bienes. Son los males del infierno tan verdaderos males, y son tan puros males, que